

The People: The Rise and Fall of the Working Class, de Selina Todd*

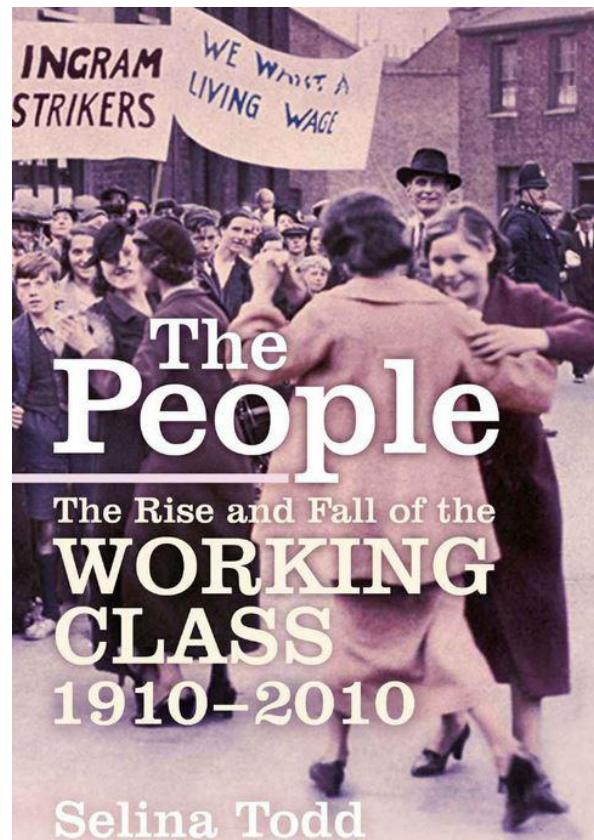
Adrià Llacuna Hernando
Universitat Autònoma de Barcelona

«El siglo de la clase obrera» (p.1). Contar su historia y analizar su desarrollo es el objetivo último de Selina Todd en su *The People...*, pensado además como un claro homenaje thompsoniano a modo de continuación de su «formación» (esto es, el auge y caída de la clase obrera), en el contexto del cincuentenario de *The Making of the English Working Class*^[1]. Pese a que su estudio de caso se ocupa de la historia social y cultural de la clase obrera, en éste se incluye, obviamente, el marco de poder institucional (estatal) en el que está inserta determina el ámbito de su narrativa. Lo que es un acierto pero, a su vez, una inagotable fuente de debates sobre la identidad nacional^[2]. No obstante, la propuesta de Todd es clara y contundente: el siglo veinte es un periodo en el que la clase obrera experimenta un intenso proceso de transformación política y social que se puede reseguir a través de la consecución de espacios de poder político que tratarán de otorgar un control sobre sus propias condiciones de vida y de trabajo.

* Selina Todd, *The People: The Rise and Fall of the Working Class*, 1910–2010, Londres, John Murray, 2015, ISBN: 9781848548824; 512pp.

1.– E.P.Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963.

2.– Aunque Irlanda del Norte (e Irlanda antes de ésta) permaneciese durante buena parte del siglo bajo control del ejecutivo de Westminster (S. XIX – 1921; 1972–1998), las particularidades del desarrollo de la clase obrera en el territorio son escasamente mencionadas y no aportan los enriquecedores contrapuntos de la gran narrativa de la obra, que es mucho más evidente en la isla de Gran Bretaña.



En la propuesta de contenidos de su libro: ese «ascenso» se produce a partir de uno de los dos puntos de inflexión de la historia reciente británica representado por la Segunda Guerra Mundial y sus inmediatas consecuencias en 1945; mientras que la caída queda personificada en el otro gran punto de inflexión de la narrativa, con la victoria de Margaret Thatcher en 1979. Este marco interpretativo —por su simplificación— es efectivo, ya que posibilita la identificación de un hilo conductor a partir del cual se reseña la historia reciente de Gran Bretaña. Por otro lado, la autora no le resta complejidad, al sumar en el mismo un

conjunto de fenómenos políticos, sociales, culturales y económicos que mediaron en el desarrollo de la clase obrera como agente histórico.

La fluidez narrativa entre los pasajes del libro permite un recorrido continuo a lo largo de los momentos clave de la historia del siglo veinte en el país, a través del cual Todd traza magistralmente el impacto de estos grandes fenómenos sobre las vidas corrientes de la clase obrera a lo largo y ancho del territorio. La variedad de los testimonios permiten componer una imagen en movimiento de mujeres y hombres, militantes, sirvientes domésticos, mineros, obreros del textil, tenderos, obreros de la automoción o trabajadores *white collar* en diferentes puntos y momentos de la historia del país en el que se producen cambios muy significativos como: las transformaciones en el modelo industrial y productivo, con el surgimiento de nuevas industrias, nuevos sistemas de producción (la introducción de la cadena de montaje, conocido en el país como el *Boudeauux system*); las transformaciones de la economía doméstica de la clase obrera con la introducción de la mujer en nuevos puestos no especializados —subvirtiendo los roles de género tradicionales como la figura del *male breadwinner*—; o el surgimiento de nuevas formas de ocio y consumo propias de la clase obrera, como los *dance halls* o la irrupción del cine como fenómeno de masas —para el horror de muchos ‘observadores’ y analistas sociales de la burguesía—.

Estas primeras transformaciones aparecen de forma clara ya en la primera parte de la obra («Servants: 1910–1939»), que toma el año 1910 como el momento de disrupción social y política más importante de Gran Bretaña antes de la Gran Guerra: el incremento de la movilización sindical, el movimiento sufragista, la reforma para la autonomía irlandesa y el primer salto po-

lítico y electoral del laborismo como partido (con el Labour Party, fundado en 1906) ejercían una presión democratizadora que el régimen liberal británico trataba de sortear. Ese plácido «mundo de ayer» del liberalismo europeo —y de los *edwardian years* en el país, ‘una larga fiesta en el jardín, en una tarde dorada’, p.15— tocó su fin en 1914, para experimentar tras cuatro largos años de conflicto, un punto de no retorno^[3]. Por tanto, aunque no se menciona de forma explícita en la obra, estos años de toma de conciencia, de crecimiento organizativo de la clase obrera y de la construcción de una cultura e identidad articulada para transformar y subvertir el orden liberal son producto de la acumulación de un «largo siglo diecinueve» catalizado por el conflicto bélico^[4]. Este «servicio» (en el sentido burgués del sirviente doméstico, colectivo al que Todd dedica el primer capítulo de la obra para ilustrar la analogía de la «domesticidad» de la clase obrera) no se resquebraja súbitamente en 1939 sino que sale herido de muerte de 1918, como demuestran los años de la desmovilización bélica, la elevada conflictividad laboral y las primeras transformaciones profundas de los derechos de sufragio en 1918^[5].

Sin embargo, el aspecto más estimulante e ilustrativo que se deriva del análisis de Todd permite seguir la evolución, contra-

3.— Stefan Zweig, *El Mundo de Ayer: Memorias de un Europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2012.

4.— Aunque formalmente la narrativa de Todd recuerde a la propuesta de Eric Hobsbawm, *The Ages of Extremes: A Short History of the Twentieth Century, 1914–1991*, Londres, Michael Joseph, 1994; su interpretación tiene mucho más sentido si se tiene en cuenta la dinámica previa de las últimas décadas del siglo anterior.

5.— La People Representation Act de 1918 extiende para las elecciones generales del mismo año el derecho a sufragio a todos los hombres mayores de 21; y a mujeres mayores de treinta propietarias. Sin embargo, el sufragio universal completo no se introduce hasta diez años después.

dicciones internas del instrumento político de la clase obrera, creado a partir del impulso del trade unionismo (Labour Representation Committee, 1900) y pensado para servir a los intereses de su clase. En el libro, el Labour Party es protagonista implícito de las fortunas e infortunios de la clase obrera británica a lo largo del siglo veinte hasta el presente. Alejado del poder en la primera parte de la obra (con dos efímeros gobiernos minoritarios en 1924 y 1929–1931, respectivamente), el partido y ese ascenso de la clase obrera toman importancia a partir de la Segunda Guerra Mundial y la construcción del mundo de posguerra. Sin embargo, en los años anteriores Todd dedica un espacio a otro de los momentos clave de esta historia (esos «puntos de inflexión» de los que habla su autora) como es el año 1926 y la convocatoria de una Huelga General (y posterior capitulación) por parte del Consejo General del Congreso de las Trade Unions (TUC). En estos instantes, la acción colectiva de la clase obrera de mayor envergadura de su historia reciente traspasaba claramente las fronteras de la lucha económica, y pasaba a ser un planteamiento abiertamente político contra las carencias de la democracia británica. Frente a esta situación la dirección del partido mostró su compromiso con la moderación institucional arraigada en la cultura política dirigente del país: la acción sindical quedaba delimitada a la negociación sobre condiciones laborales y económicas, mientras que ‘las demandas para cualquier cosa que se encaminara hacia una mayor igualdad económica y social eran perseguidas como «inconstitucionales», p.58.

Otro de los grandes aciertos de *The People...* es la contextualización de su segunda parte (*'The People'*, 1939–1968) como consecuencia directa, no solo de la guerra, sino del hervidero de nuevas transformaciones en la izquierda política del país durante los

años treinta, y las condiciones impuestas por los sucesivos gobiernos de concentración nacional. La crisis económica provocó una pauperización galopante entre buena parte de la clase obrera del país llevando al desempleo a un número inaudito de personas hasta la fecha, que se topaban con unos servicios asistenciales muy precarios y con carácter punitivo, que culpabilizaban a las propias víctimas de su situación personal^[6]. De aquí surge otra de las grandes continuidades de la historia reciente británica, que tiene sus raíces en la decimonónica Poor Law, y que pretende trazar una línea entre aquellos ‘genuinamente buscando trabajo’ (los pobres merecedores de ayuda, «the deserving poor») y aquellos ‘inútiles y holgazanes’. Esta situación, junto con la crisis que el fascismo abrió en la escena internacional, generó un espacio en la izquierda política totalmente inédito, entre laboristas, socialistas, liberales y comunistas. Este Frente Popular desarrolló una cultura militante que, pese a no tener consecuencias políticas antes de la guerra, catalizó una conciencia colectiva sobre el bienestar social universal que, ayudada por un esfuerzo de guerra soportado de forma desigual sobre los hombros de la clase obrera (p.140), materializó el nacimiento de «*The People*» en 1945, cuando se produjo el triunfo electoral aplastante del laborismo, con Clement Attlee a la cabeza. Ese *Spirit of '45* que (des) dibuja parcialmente Ken Loach en su conocido film, encuentra aquí el necesario contrapunto al incluir ese *milieu* antifascista en el que participaron principalmente los comunistas y la izquierda laborista. Entre es-

6.– Conocido como el Means Test, los oficiales encargados de aprobar estas insuficientes ayudas al desempleo inspeccionaban personalmente los bienes de los solicitantes para comprobar que no tenían otros medios para subsistir (como la venta de objetos de algún valor) o no se gastaban el dinero de forma «irresponsable», hecho que les hacía caer en la categoría de los *non-deserving poor* y les descalificaba para reclamar ayuda alguna.

tos últimos encontramos a Red Ellen Wilkinson (Ministra de Educación en 1948) o Nye Bevan (Ministro de Sanidad y Vivienda, fundador del National Health Service y del nuevo esquema de planificación de vivienda pública a manos de los ayuntamientos), los responsables de emprender la extensión universal de la protección social.

Sin estar exentos de crítica por parte de Todd (por su ejecución ‘top-down’, p.159) estas reformas fueron víctimas de una pronta deformación por los sucesivos gobiernos conservadores, los condicionantes de la Guerra Fría, el atlantismo laborista y la extensión del Plan Marshall en suelo británico. En este punto, la disputa por la hegemonía política y cultural en el país se evidencia de forma clara con la construcción de la alternativa conservadora por los sucesivos gobiernos de Churchill, Eden o MacMillan en la década de los 50, en la que se empezó a promocionar la idea del nacimiento de una sociedad de la afluencia (pero socialmente dividida), en la que se promociona el acceso en masa a los bienes de consumo, la cultura meritocrática (aún partiendo de una desigualdad permanente) y en el que se fundamentan conocidos mitos muy resistentes: como el de la movilidad social y el de la extensión progresiva (y tendiente a la totalidad) de la nueva clase media. No es casual que incluso el laborismo de 1964, puso en primera línea como presidenciable al arquetipo meritocrático de Harold Wilson (p.262). En este sentido, no resulta extraño que la autora considere la tercera parte de la obra como los inicios de la «caída», en un momento tan temprano como en 1966 («The Dispossessed, 1966–2010), bastante antes de la llegada de Thatcher al poder. Esa «New Britain» de Wilson (pp. 275–298) impulsó nuevas reformas en el sistema educativo y la extensión del parque de vivienda pública, pero también se experimentaron los

síntomas de una contracción industrial en Gran Bretaña que implicó: la asunción de la ortodoxia «menos salario y menos seguridad» en los puestos de trabajo; y una lógica movilización sindical atajada con las primeras maniobras legislativas del laborismo para limitar la influencia de las trade unions. Así el balance del gobierno Wilson combinó la aceptación de la subordinación económica y política de la clase obrera, con la extensión de derechos y libertades individuales (despenalización del aborto y la homosexualidad, 1967), así como la promoción de políticas de igualdad de género y raza (Race Relations Act, 1965; Equal Pay Act 1970). Pero sin duda, después del interludio conservador del Gobierno Heath, el gobierno laborista de Callaghan de 1974, en plena eclosión de la crisis del petróleo, protagonizó uno de los pasajes recurrentes de la historia reciente de la Europa Occidental y de las contradicciones de la izquierda política laborista o socialdemócrata: el gobierno Callaghan pidió ayuda económica al Fondo Monetario Internacional, mientras que su Ministro de Finanzas Denis Healey aceptó la contracción del gasto público en retorno al préstamo del organismo internacional (p.311), haciendo de este episodio el primer acto de «thatcherismo primitivo» y el cambio de lógica total del planteamiento de 1945.

Esta ‘caída’ no pudo ser más acentuada tras la llegada de los largos años del conservadurismo en su nueva forma, con Margaret Thatcher en el poder desde 1979, que hicieron de «TINA» su norma: «There is No Alternative». Pese a que estos años tienden ser considerados retrospectivamente como un hecho contrastado (la ausencia de alternativa política y económica), Todd se encarga de rescatar esas voces del disenso colectivo: el descontento generado entre las comunidades de la clase obrera en distintos puntos geográficos del país; la pre-

caria consolidación de Thatcher en el poder hasta mediados de la década de los ochenta, solo restaurada tras el baño patriótico-mediático de la Guerra de las Malvinas; o la gran movilización sindical y social derivada de la huelga de la minería en 1984–1985. Sin embargo, la sombra del Thatcherismo se evidencia larga y consistente en la renovación neoconservadora del mito de la sociedad ociosa y dependiente de ayudas, que se cebó especialmente con los la clase obrera más desfavorecida. Una línea que se puede seguir hasta la actualidad con el arquetipo del «gorrón» (*scrounger*) de todo tipo de ayudas viviendo a costa del esfuerzo de los contribuyentes, habitualmente, en alguna de las promociones de vivienda pública subsidiada (*council estate*), lo que no deja de ser otra cosa que una imagen demonizada de la clase obrera en su conjunto^[7].

La primera víctima política del Thatcherismo fue el propio Labour Party, que durante la década de 1980 se vio inmerso en un profundo e intenso debate (incluso con una escisión socio-liberal mediante) que acabó arrinconando las corrientes del trade unionismo militante y del socialismo británico (representado por políticos como Tony Benn) y puso a Neil Kinnock al frente de un Labour Party camino hacia el abandono de su planteamiento de clase (hacia una «classless society»), que tomó su forma definitiva con el New Labour de Tony Blair, la conocida «Tercera Vía» y el nuevo proyecto de construcción nacional «alternativo» al conservadurismo. Pese a que lógicamente Todd no puede dedicar mucho más espacio a esta etapa crucial de los años más recientes de la historia británica por el ambicioso objetivo global de su trabajo, los debates en el seno del laborismo de esta época (en la que historiadores como Eric Hobsbawm

realizaron alguna que otra notoria contribución^[8]) son cruciales (más bien, otro punto de inflexión) en la contribución a la caída (que no desaparición) de la clase obrera en la escena política del país.

Por último, es una buena noticia que en la segunda edición del libro, Todd haya incluido un epílogo sobre los años 2011–2015 para analizar el «estado en el que nos encontramos» valorando los años de la administración conservadora de Cameron, en el que la autora aprovecha para desmontar varios mitos que se han ido construyendo durante décadas y que perviven en la actualidad como: el estado del bienestar como el origen de la crisis y la apelación al trabajo duro para superar la misma; el bloqueo de oportunidades de la clase obrera a causa de las mujeres y los inmigrantes (una constante desde Enoch Powell hasta el UKIP); el mito de la movilidad social como solución a la desigualdad; la ausencia de una alternativa se produce por la avaricia y el egoísmo generalizado de la gente. En este último punto, se ofrece una clave interpretativa sobre los escasos índices de participación política de la clase obrera en los años recientes, en la que se evidencia que, no son fruto de tal adopción de la cultura del individualismo extremo y la apatía sino que, posiblemente, su órgano de representación política tradicional ha dejado de ser tal. Como nota Todd: la identidad y la experiencia de clase no ha desaparecido, solo ha decaído (como demuestra a lo largo de su obra) su influencia para ejercer un control político y económico sobre sus propias condiciones de existencia. Tal vez, los acontecimientos más recientes en el seno del Labour Party del último año, puedan ofrecer una entrega adicional de la obra en el futuro.

7.– Owen Jones, *Chavs. The demonization of the Working Class*, Londres, Verso, 2011.

8.– Eric Hobsbawm, *Politics for a Rational Left, Political Writing: 1977–1988*, Londres, Verso, 1990.